

La familia como factor de riesgo y de protección para los problemas comportamentales en la infancia

**Carla Luján-García, Marián Pérez-Marín
e Inmaculada Montoya-Castilla**
Facultad de Psicología de Valencia

Resumen

El objetivo general del presente trabajo es el estudio de la familia como factor de riesgo y de protección para los problemas comportamentales en la infancia. Expondremos las principales ideas sobre el concepto de familia y sobre cómo los elementos que la configuran pueden afectar en el desarrollo óptimo del individuo, centrándonos en el periodo de la infancia por constituir este, la base del individuo adulto y una etapa crucial en nuestro desarrollo. A partir de un estudio exhaustivo de los resultados aparecidos en la literatura científica, analizaremos el papel de elementos como el estilo parental y la violencia intrafamiliar, con gran peso en la aparición de conductas antisociales en los menores. También describiremos las principales variables familiares que pueden favorecer un buen desarrollo psicosocial, destacando la alianza familiar como principal factor protector. Por último, destacaremos la importancia de las estrategias de intervención y prevención para el fortalecimiento familiar.

Palabras claves: salud familiar, factores de riesgo y protección, competencias parentales, conducta antisocial, intervención familiar.

Abstract

The main aim of this work is to study the family as risk and protective factor for the behavioral disorders in childhood. We will present the main ideas of the concept of family and how its elements can affect the optimal development of people. We focus on the period from childhood because it constitutes the basis of the adulthood and a crucial stage in our development. From an exhaustive study of the results published

in the scientific literature, we have analyzed the role of elements such as parental style and family violence, with great influence in the development of antisocial behavior in children. Also, we have described the main family variables that may favor a good psychosocial development, emphasizing the family alliance as the main protective factor. Finally, we highlight the importance of prevention and intervention strategies for strengthening families.

Keywords: family health, risk and protective factor, parenting skills, antisocial behavior, family intervention.

1. Introducción

La infancia es un periodo crucial en el desarrollo del ser humano. En esta etapa es cuando ocurren la mayor cantidad de cambios normativos y cuando se empieza a explorar y a entender nuestro entorno.

La infancia destaca por los numerosos hitos que el niño debe alcanzar para, poco a poco, adaptarse a su contexto físico y social; por esto, una desviación o un desarrollo deficitario en esta etapa puede ser determinante para una disfuncionalidad comportamental en etapas posteriores.

Desde el nacimiento hasta los primeros años de vida, los niños dependen de los padres para realizar tareas simples que cada vez evolucionan a más complejas, incluyendo dentro de estas el relacionarse con el entorno que les rodea. Los progenitores tienen funciones relevantes en esta etapa, al igual que un papel fundamental en el desarrollo óptimo del niño para una buena adaptación social al medio en el que este se desenvuelve.

Las experiencias sociales tempranas también resultan un elemento esencial en el desarrollo emocional. Estas se desarrollan en el entorno familiar en un primer momento, destacando la vinculación afectiva de la madre y del padre con el bebé. El manejo y la interpretación de las emociones tanto propias como ajenas es un punto fundamental a la hora de establecer relaciones, empezando esto a desarrollarse ya (Feldman, 2008). El vínculo de apego resultante de esta relación ayudará al niño a tener una representación mental de la relación de sí mismo con los otros, teniéndolos en cuenta como seres emocionales y sociales; y a diseñar guías para interpretar las relaciones y la actuación social en otros contextos a lo largo de la vida (Sierra, Carrasco, Moya y Del Valle, 2011).

El concepto de familia no es fácil de definir, es más, muchos autores defienden que no existe una definición única y correcta de familia, más bien, lo que existe son numerosas definiciones formuladas desde diferentes perspectivas teóricas (Gracia y Musitu, 2000; Gracia y Lila, 2011).

En el presente trabajo, entenderemos la familia como: “*Aquel conjunto de personas en interrelación, que están vinculadas mediante lazos de matrimonio, nacimiento, adopción u otros fuertes vínculos sociales*”.

El objetivo general del presente trabajo es el estudio de la importancia de la familia como factor de riesgo y de protección para los problemas comportamentales en la infancia. El presente estudio ha sido realizado gracias a una ayuda a la investigación de la Federación Española de Asociaciones de Terapia Familiar (FEATF).

2. Metodología

La metodología empleada para desarrollar nuestro objetivo ha consistido en un análisis exhaustivo de la bibliografía científica existente sobre esta temática. Se ha realizado una búsqueda bibliográfica sistemática, para identificar y seleccionar los estudios en los que se ha basado el presente trabajo, siguiendo criterios metodológicos que aseguraran la relevancia científica de las fuentes documentales (artículos, libros, capítulos de libros, tesis doctorales, etc.). Posteriormente se ha llevado a cabo un análisis en profundidad de dicha literatura científica.

Se han establecido *a priori* los descriptores a manejar, los criterios de inclusión y exclusión, así como las estrategias de búsqueda y su extensión. Inicialmente se acotó la búsqueda a artículos que hubiesen sido publicados en los últimos 10 años, ampliándose después a los artículos de referencia fundamentales, dentro del ámbito de estudio. Asimismo, se intentaron seleccionar los artículos directamente relacionados con el objeto de estudio, excluyendo aquellos que no estaban del todo bien perfilados. Se procedió a una búsqueda de las bases de datos más apropiadas y a la identificación de los términos clave a utilizar en la estrategia de búsqueda.

Las bases de datos utilizadas han sido: TESEO, DISSERTATION ABSTRACT, ISBN, JCR, WOK, PROQUEST CENTRAL, PSYCINFO, PUBMED, MEDLINE, ISOC, IME, PSICODOC, DIALNET, GOOGLE ACADÉMICO y LATINDEX.

3. Resultados

3.1. Factores de riesgo y protección en la infancia

Un factor de riesgo es un aspecto del estilo de vida o conducta personal, una situación ambiental o una característica innata o

heredada que, sobre la base de la evidencia epidemiológica, se sabe asociado al aumento de la probabilidad de la ocurrencia de conductas antisociales por encima de los índices básicos de la población (Loeber, 1990). Este concepto es “probabilístico”, no determinista. El que un individuo presente factores de riesgo no implica que necesariamente vaya a desarrollar conductas problemáticas, significa que, si lo comparamos con un individuo sin esos factores, tendrá una mayor probabilidad de llegar a implicarse en esas conductas, es decir, no implican una causación directa y lineal. Además, estos factores interactúan, se modulan y se influyen entre sí (De la Peña, 2005).

Evaluar el riesgo implica “realizar una predicción sobre las posibilidades de que se produzca un determinado evento negativo en el futuro” basándonos en “información conocida sobre la historia pasada y el estado actual de una persona o situación concreta”. En el ámbito de la protección infantil, la evaluación del riesgo es un proceso dirigido a determinar la probabilidad de que una figura parental cometa en el futuro un acto de maltrato o abandono hacia un niño, y que dicho acto provoque en este un daño, puesto que el niño en riesgo social está expuesto a una contingencia o proximidad de un daño o perjuicio relativo a la sociedad que integra (Latorre, 2006; De la Peña, 2005) y por tanto, es fundamental prevenir. Existen situaciones de diverso nivel de riesgo para los niños que pueden llegar a ser de desamparo, en las que los progenitores y, por tanto, los menores viven en circunstancias personales y relacionales que les dificultan o impiden desarrollar adecuadamente su labor como padres y madres, de manera que la intervención sobre estas circunstancias puede optimizar la atención de las necesidades del menor sin adoptar medidas más drásticas (Álvarez-Dardet, Hidalgo, Jiménez, Lorence y Sánchez, 2010).

Podemos agrupar estos factores de riesgo en tres categorías (Barreto y Soler, 2007): factores situacionales, si hacen referencia a aspectos de la situación que afectan a la problemática objeto de estudio; los factores personales, que se refieren a las variables individuales de los sujetos que influyen en el proceso de adaptación a los estresores vitales; y, por último, los factores interpersonales que hacen referencia a aspectos relevantes de la relación entre los familiares y la red social (Barreto y Soler, 2007).

Por otra parte, un factor de protección es una característica individual que inhibe, reduce o atenúa la probabilidad del ejercicio y mantenimiento de las conductas antisociales. (De la Peña, 2005). Dichos factores protectores se pueden analizar también en tres categorías (Barreto y Soler, 2007): estrategias de afrontamiento dirigidas a superar los problemas que se puedan presentar; los factores que se deducen a partir del estudio de los factores de riesgo; y otros detectados a partir de la experiencia de trabajo con la población con la que se trabaja.

Según Amar, Abello y Acosta (2003) los factores de protección sociales, (o inmateriales), hacen referencia a “la calidad de las relaciones y experiencias con las que cuenta el niño, así como a aspectos decisivos de su vida cotidiana derivados de su particular situación social” (pp.117). Entre ellos, estos autores destacan los siguientes:

- La filiación. Este término “se refiere al sentido de identidad y de pertenencia que se fomenta en el niño con respecto a la familia”.
- La seguridad. Esta se manifestaría en la compañía, colaboración y en la ayuda que existe entre los miembros de la familia.
- La afectividad. Está considerada como la expresión de sentimientos como el agrado o el cariño hacia el infante y entre los miembros de la familia.
- La formación en valores y normas, que hace referencia a la aceptación y a asimilación de valores, y a la forma en la que la familia orienta al niño en cuanto a lo que debe o no debe hacer.
- La posibilidad de acceso a la educación formal para su desarrollo intelectual y cultural.
- El grado de capacitación de los padres. Este es especialmente importante en relación con la salud infantil.

Amar, Abello y Acosta (2003) destacan también otro tipo de factores de protección, diferentes a los sociales: los materiales. Entienden la protección material o natural como la provisión al menor de elementos como el llevar ropa adecuada, la vivienda y el desarrollo de actividades laborales por parte de sus padres, que garantice la alimentación y la educación del infante.

3.2. Perfil de las familias en situación de riesgo

Las familias en situación de riesgo suelen presentar con frecuencia algunos rasgos sociodemográficos muy característicos (Pons-Salvador, Cerezo y Bernabé, 2005). En la mayoría de estos casos, son familias con bastantes miembros, con una media de 3 a 4 hijos, y en un 30 o 40% de los casos, son familias monoparentales, a cargo de mujeres solas (Rodríguez, Camacho, Rodrigo, Martín y Máiquez, 2006; Rodrigo, Correa, Máiquez, Martín y Rodríguez, 2006). Estas familias presentan, además, precariedad económica que hace que constantemente dependan de las ayudas sociales (Arruabarrena y De Paúl, 2002; González Ortiz, 2011). Esta situación suele tener su origen en la inestabilidad laboral, en las pésimas condiciones del puesto de trabajo (Arruabarrena y De Paúl, 2002; Moreno, 2002) y en el desempleo de los responsables de dichas familias (Rodrigo et al. 2006). Otra fuente de precariedad sería la educativa, puesto que estas familias dependen

de adultos con nivel de estudios bajos (Arruabarrena y De Paúl, 2002). Algunos estudios señalan cómo la combinación de estos indicadores se asocia no sólo a un incremento en el nivel de riesgo, sino también a la persistencia o cronicidad de estas situaciones (Cantó y Mercader, 2000).

Se ha encontrado también como rasgo característico de estas familias el aislamiento social y la existencia de redes de apoyo definidas por relaciones sociales escasas e irregulares (Arruabarrena y De Paúl, 2002; Moreno, 2002; Subirats, Riba, Giménez, Obradors, Giménez, Queralt, Bottons y Rapoport, 2004). En esta línea, otras investigaciones como las de Rodrigo, Martín, Máiquez y Rodríguez (2005, 2007) o la de Álvarez-Dardet y colaboradores (2010) muestran que lo característico es que estas familias tengan una composición de sus redes de apoyo diferente a la de las familias normalizadas, ya que entre los miembros de estas redes se encuentra personal de Servicios Sociales o de ONGs y se destaca la ausencia de figuras como los miembros del contexto escolar o la presencia de figuras que, en vez de ser fuente de apoyo, deberían ser receptoras de apoyo, como los hijos e hijas. Estos estudios señalan también que, aunque en algunas familias las redes sociales no fueran reducidas y pareciera existir dentro de ellas un notable grado de reciprocidad, estas redes no daban el apoyo necesario frente a situaciones de estrés. Estos mismos estudios también muestran unas relaciones inestables y conflictivas con la familia extensa y con la pareja.

Otra característica de las familias en situación de riesgo es que sufren una acumulación de circunstancias estresantes y problemáticas como experiencias de maltrato en la infancia y la adultez, abuso de drogas y alcohol, problemas de salud, trastornos emocionales y conducta antisocial (Arruabarrena y De Paúl, 2002; Moreno, 2002). Estudios como el de Álvarez-Dardet et al. (2010) observan en sus datos dos tendencias: en primer lugar, cómo las circunstancias problemáticas experimentadas están relacionadas con elementos estresantes propios de la dinámica familiar; y en segundo lugar, cómo el impacto emocional con el que se vive y se afronta cada circunstancia estresante en estas familias es progresivamente mayor, incrementando la vulnerabilidad emocional de los sujetos y dando como resultado una autoestima baja en las áreas emocional e intelectual. Esto último también afecta a su visión como progenitores, que hace que tengan una visión muy limitada de sus competencias y habilidades como padres, con poca percepción de autoeficacia.

Por otra parte, estudios como el Del Campo (1997) destacan la psicopatología e inadaptación de los padres, la conducta delictiva y el alcoholismo en el padre, junto con las prácticas disciplinarias inadecuadas, como factores de riesgo para el desarrollo del niño.

Tomados en conjunto, los indicadores anteriores definen hogares que, como contextos de desarrollo, presentan déficits para el ajuste y el bienestar de todos sus miembros, en especial, de los menores.

Por último, los resultados relacionados con las características de los hogares de estas familias (ruidosos, de tamaño reducido y sin relación con el número de personas que en ellos residen), no hacen sino confirmar la precariedad generalizada de sus circunstancias vitales (Álvarez-Dardet et al. 2010). Se trata de contextos familiares bastante desestructurados, donde las prácticas educativas existentes no favorecen la atención adecuada de las necesidades de desarrollo de los hijos e hijas. En esta línea, pertenecer a familias numerosas, el hacinamiento y la falta de educación de los padres, son posibles desencadenantes de la conducta antisocial en los hijos (Del Campo, 1997).

3.3. Factores de riesgo individuales para la conducta antisocial

Cuando hablamos de problemas de conducta o comportamiento antisocial en la infancia, estamos haciendo referencia al conjunto de conductas que infringen las normas o las leyes establecidas (Justicia, Benítez, Pichardo, Fernández, García y Fernández, 2006). Estudios como el de Farrington (2005) señalan que algunos de los indicadores del comportamiento antisocial en la infancia son los trastornos de conducta, la impulsividad, el robo, el vandalismo, la resistencia a la autoridad, las agresiones físicas y/o psicológicas, el maltrato entre iguales o la crueldad hacia los animales. Todas estas conductas tienen un factor común, que suponen la infracción de reglas y expectativas sociales y son acciones dirigidas contra los demás o contra el ambiente del niño, en su mayoría. También se ha observado que los niños antisociales suelen mostrar hiperactividad, dificultades académicas y relaciones interpersonales negativas (Del Campo, 1997).

Autores como Kazdin y Buela-Casal (1994) han analizado las características de la conducta antisocial. En lo que se refiere a la edad y el sexo, señalan que la conducta antisocial es hasta tres veces más frecuente en los niños que en las niñas. Además, en éstos se desarrolla antes que en ellas, con la subsiguiente variación de las conductas mostradas.

El temperamento del niño es uno de los factores de riesgo que se tienen en cuenta para el posible desarrollo de problemas de comportamiento (Justicia et al., 2006). Este puede ser definido como la base fisiológica para el desarrollo de la afectividad, de la expresividad y de la regulación de los componentes de la personalidad, es decir, el carácter, la forma de ser, y la forma de reaccionar de las personas. Presenta cierta estabilidad temporal, aunque depende del contexto y de la socialización del individuo. Por ello, tiene un papel central en el

desarrollo social y personal del individuo así como en su ajuste psico-social futuro (Lengua y Kovacs, 2005).

El temperamento también determina la reactividad de la persona, siendo definida esta como una emotividad positiva o negativa (e.g: baja tolerancia a la frustración). Esta respuesta afectiva está facilitada o inhibida por la autorregulación; por esto, en función del grado de autorregulación del niño, este podrá empezar a tener problemas de conducta (Kokkinos y Panayiotou, 2004).

Se han encontrado evidencias de que un temperamento difícil o negativo a la edad de 3 o 4 años podría predecir un desajuste psico-social y delincuencia en la adolescencia tardía (Caspi, 2000). En esta línea, en el estudio de Favez et al. (2012) se observó una posible interacción entre el temperamento del niño cuando éste tiene 1 año y medio y los patrones de alianza familiar. Así, un niño de temperamento “fácil” se autorregula más rápido; por lo tanto, las interacciones que tenga con los demás miembros de la familia serán positivas, lo que le servirá para autorregularse aún mejor. Por otro lado, un niño con pocas habilidades para la autorregulación será más difícil de manejar y tendrá unas interacciones sociales más estresantes. Si esto es así, el niño tendrá dificultades para regularse, ya que su ambiente no le facilita este comportamiento.

La impulsividad y los problemas de atención son otro de los rasgos que se han asociado a problemas de conducta y a la violencia, siendo la primera variable la mejor predictora de dichos problemas conductuales (White et al., 1994).

Otro factor individual asociado a los problemas de conducta es la baja inteligencia. En esta línea se deben tener en cuenta también la pobre ejecución escolar y el fracaso escolar, ya que son difíciles de separar de la baja inteligencia, recomendando su análisis conjunto (Farrington, 2005).

Por último, en cuanto a factores de riesgo personales, debemos mencionar la escasez de habilidades socio-cognitivas. En este sentido, estudios como el de Dodge (1986) y el de Deluty (1981) han obtenido evidencias con respecto a que los menores agresores tienen alternativas de solución de problemas, pero que en su mayoría éstas tienen connotaciones agresivas, debido a su creencia de que la violencia es una forma eficaz de resolver las situaciones problemáticas. Se han encontrado ciertos fallos en el procesamiento de la información de los menores agresivos, presentando una mayor tendencia a atribuir hostilidad a situaciones o comportamientos ambiguos.

Para concluir, citando a Justicia y colaboradores (2006), podemos decir que “el estilo de solución de problemas sociales, acompañado de agresividad y temperamento impulsivo, parece contribuir al patrón de comportamiento antisocial” (p.137).

3.4. Factores familiares asociados a los problemas de conducta

Las investigaciones señalan que son muchas las variables del funcionamiento familiar que pueden dar lugar a comportamientos anti-sociales en los menores (Farrington, 2005). Algunas de ellas podrían ser los conflictos y la violencia intrafamiliar, el abuso infantil, la desestructuración familiar (Torrente y Ruiz, 2005) o los estilos de crianza (Justicia et al., 2006).

En relación a los estilos parentales de riesgo, se ha puesto de manifiesto que estilos de crianza negativos como son el autoritario, el punitivo o el coercitivo y, junto a estos, el control inconsistente y la baja supervisión parental, afectan negativamente al comportamiento del niño.

En esta línea se ha observado que los padres de niños agresivos presentan estilos parentales coercitivos que tienen un efecto negativo en el desarrollo del niño. Estos padres suelen ser coercitivos y manipulativos con sus hijos, debido en parte a que carecen de habilidades para reforzar positivamente los comportamientos adecuados y fallan a la hora de eliminar conductas inadecuadas. De esta forma, los padres modelan y refuerzan el comportamiento coercitivo de los menores y estos aprenden que el comportamiento agresivo es un método eficaz para conseguir sus metas. En este sentido, Máiquez, Rodrigo, Capote y Vermaes (2000) y Rodrigo et al. (2006) han señalado cómo en las familias en situación de riesgo psicosocial las prácticas educativas suelen ser coercitivas o bien negligentes/permisivas (Álvarez-Dardet et al. 2010) ya que los padres y, en concreto, la mayoría de las madres en dichas familias, presentan importantes déficits en la estructuración y organización de la dinámica familiar para poder conseguir que su hogar sea un buen contexto educativo y de socialización de sus hijos e hijas. (Álvarez Dardet et al., 2010). El estilo de interacción que adquieren los menores de estos contextos familiares tiende a ser de enfrentamiento, de oposición y violento.

Se ha observado también que un estilo parental negligente o permisivo, con baja supervisión, o incluso prácticas disciplinarias inconsistentes, predice la aparición del comportamiento antisocial durante la adolescencia (Farrington, 2005). En este sentido, los padres que no cuidan adecuadamente a los menores o que los rechazan, que son pasivos o muestran falta de apego hacia los hijos, tienen un alto riesgo de que sus hijos actúen de forma violenta o se vean implicados en situaciones violentas (Justicia y Benítez, 2006).

Por último, la insatisfacción matrimonial y los conflictos conyugales también tienen consecuencias negativas en la regulación emocional del niño. Esto es así ya que el conflicto entre los padres puede alterar la aptitud parental de estos o porque el niño puede desarrollar comportamientos desadaptativos como protección frente a la emocionalidad

negativa procedente del conflicto parental (Cummings & Davies, 2010). En esta línea, la parentalidad caracterizada por conflictos o por la existencia de un desequilibrio familiar, causado por la sistemática desatención en la vida familiar de alguno de los progenitores (Teubert y Pinquart, 2010) o la existencia de un Síndrome de Alienación Parental (Farías Díaz, 2010), se asocia con problemas de conducta en los menores. Un contexto en el que los padres tienen una baja coordinación en las conductas parentales, no le ofrece al niño la oportunidad de aprender a compartir afecto con dos personas a la vez.

3.5. Violencia intrafamiliar y conducta agresiva de los menores

La exposición a la violencia es muy relevante en el desarrollo de la conducta agresiva en la infancia (Calvete y Orue, 2011). Se ha encontrado que la exposición de los menores a violencia intrafamiliar y la victimización directa, es decir el maltrato de los padres hacia los hijos, se asocia a la violencia infantil (Kennedy, Edmonds, Dann y Burnett, 2010; Gámez-Guadix y Calvete, 2012).

Siguiendo a Farrington (2005), ser víctima de abusos físicos y/o psicológicos en el seno familiar durante la infancia es un fuerte predictor de comportamientos violentos. Así pues, la exposición a la violencia familiar, bien sea directa o indirecta, se ha asociado a numerosos problemas psicológicos en los hijos, destacando el mayor riesgo de conducta agresiva en estos. Esto nos estaría indicando una posible transmisión generacional de la violencia, como propone Paterson (1982), puesto que el niño ha aprendido a ser violento en el contexto de socialización de la familia (Katz y Windecker-Nelson, 2006).

La violencia filio-parental (VFP) es un punto al que se le ha comenzado a prestar interés recientemente. La VFP es un grave problema de conducta que se suscribe al contexto parental. Este fenómeno consiste en actos agresivos perpetrados por un menor que hacen que su progenitor se sienta amenazado, intimidado y controlado (Paterson, Luntz, Perlesz y Cotton, 2002). En esta línea, Gámez - Guadix y Calvete (2012) han obtenido que la agresión psicológica intraparental y de padres a hijos se asocia con la VFP psicológica, mientras que la agresión física intraparental y de padres a hijos se asocia con la VFP física, confirmando lo que proponía Bandura (1997) al decir que los hijos aprenden formas similares de violencia a las que han sido modeladas por sus padres.

3.6. La alianza familiar como factor de protección

Cuando hablamos de alianza familiar nos referimos a la calidad de la interacción entre los miembros de la familia. Esta constituye un contexto para que el niño aprenda la regulación emocional y una comprensión sobre los estados internos. La interacción entre los progenitores y el niño, las prácticas educativas de los padres y, sobretodo, el tono de emocionalidad de su relación, influye en muchas áreas del desarrollo del menor, destacando: las áreas de las habilidades sociales y de las relaciones con los iguales (Morgado, 2010; Parke, McDowell, Cladis y Leidy, 2006; Rodríguez, 2009), el apego y el procesamiento interno (Lamb & Lewis, 2010) y la teoría de la mente.

Se ha observado que problemas en las interacciones familiares se relacionan con psicopatología en los niños. En esta línea, se ha señalado que cuando existe cooperación entre los padres para solucionar conflictos y, sobre todo, si hay un clima familiar positivo, se le da al niño un contexto beneficioso en el que aprende a entender múltiples perspectivas y en el que se desarrolla de forma positiva en habilidades sociales (Raikes & Thompson, 2006). Se ha encontrado que la cooperación entre padres, la calidez en el hogar y el promover la integración familiar en los primeros años del infante, predice una mejor adaptación durante el periodo de escolarización infantil (Teubert & Pinquart, 2010).

En el estudio de Favez et al., (2012) se observó que los menores de las familias con una alianza alta y estable, es decir, una implicación parental positiva de ambos progenitores, obtenían mayor puntuación a la edad de 5 años en tareas sobre la teoría de la mente, haciendo patente una elevada conciencia de los procesos internos y un notable entendimiento de cómo funcionan las mentes de los demás. Estos también mostraban gran competencia en interactuar con varias personas al mismo tiempo y una gran sensibilidad a las señales emocionales tanto en interacción directa o cuando eran observadores de la interacción de los padres. Este contexto de coparentalidad, promueve que el niño adopte una perspectiva en la que tenga en cuenta a los demás, ya que es testigo de procesos como la negociación, la cooperación y la solución de problemas entre los padres. Por otro lado, estos niños muestran una mayor autonomía comportamental, siendo capaces de jugar solos cuando los padres no están presentes, comportamiento característico de un apego seguro. Esto es así porque al tener una relación cercana con ambos progenitores, tienen mayores oportunidades de copiar comportamientos que ponen en práctica cuando tienen que cuidar de ellos mismos (Prior & Glaser, 2006).

4. Discusión

La familia es fundamental en el proceso evolutivo del menor. Esta le proporciona las primeras experiencias sociales que el infante utilizará para comprender el mundo e interiorizará para saber cómo se debe desenvolver en él. Si la familia es disfuncional, con una alta probabilidad dicho desarrollo será desadaptativo y surgirán en el niño problemas de conducta que repercutirán en muchos ámbitos de su vida, sobre todo en el ámbito relacional. Si esta disfuncionalidad se mantiene, se reforzará esta visión del mundo otorgada al niño y, por tanto, estos problemas de relación y de comportamiento se harán crónicos.

Por contra, si desde este medio familiar se les da a los menores unas pautas de cómo relacionarse y comportarse saludablemente, los niños se desarrollarán adecuadamente en sociedad. Estas pautas se transmiten por la educación que los progenitores dan a sus hijos. Un estilo parental democrático, que cuenta con el niño y le hace reflexionar sobre qué se debe hacer o qué no se debe hacer, es beneficioso para el desarrollo del menor, puesto que el niño interiorizará esa forma de pensar y la extrapolará a todas las situaciones a las que se enfrente.

En estas dos últimas décadas, ya no sólo se señala la importancia de la intervención en situación de maltrato o de crisis. En su lugar, ha surgido una nueva perspectiva en la que se prioriza la preservación y el fortalecimiento familiar, no solamente se desarrollan servicios dirigidos a la retirada de los menores, sino que estos se dirigen al fortalecimiento y a la optimización del medio familiar desde la prevención, ya que la mejor forma de asegurar la protección en la infancia es promover la satisfacción de los menores en su contexto de desarrollo. Actualmente la intervención trata de apoyar a las familias para que éstas puedan ejercer sus funciones básicas para así garantizar que las necesidades de los menores estarán cubiertas, siempre que se pueda, en la familia de origen.

Bibliografía

- ÁLVAREZ-DARDET, S.M., Hidalgo García, M.V., Jiménez García, L., Lorence Lara, B. y Sánchez Hidalgo, J. (2010). *Perfil Psicosocial de familias en situación de riesgo. Un estudio de necesidades con usuarios de los Servicios Sociales Comunitarios por razones de preservación familiar. Anales de Psicología*, 26 (2), 378-389.
- AMAR, J.A., LLANOS, R.A. y ACOSTA, C. (2003). *Factores protectores: un aporte investigativo desde la psicopatología comunitaria de la salud. Psicología desde el Caribe. Universidad del Norte*, 11, 107-121.

- ARRUABARRENA, M.I. y DE PAUL OCHOTONERA, J. (2002). *Evaluación de un programa de tratamiento para familias maltratantes y negligentes y familias de alto riesgo. Intervención Psicosocial*, 11(2), 213-227.
- BANDURA, A. (1977). *Social learning theory*. Oxford, England: Prentice-Hall.
- BARRETO MARTÍN, P. y SOLER SAIZ, M. C. (2007). *Muerte y Duelo*. Ed. Síntesis.
- CALVETE, E., y ORUE, I. (2011). *The impact of violence exposure on aggressive behavior through social information processing in adolescents. American Journal of Orthopsychiatry*, 81(1), 38.
- CANTÓ, O y MERCADER, M. (2000). *La pobreza infantil en España: alcance, evolución y duración. Documento de trabajo nº66 del Inocenti Occasional Papers*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. (Disponible en www.unicef-icdc.org).
- CASPI, A. (2000). *The child is father of the man: personality continuities from childhood to adulthood. Journal of Personality and Social Psychology*, 78, 158-172.
- CUMMINGS, E. M. y DAVIES, P. (2010). *Marital conflict and children: an emotional security perspective*. New York, NY: Guilford.
- DEL CAMPO LÓPEZ, T. (1997). *La conducta antisocial en el contexto familiar. Revista galego-portuguesa de psicología y educación*, 1, 489-499.
- DELUTY, R. H. (1981). *Alternative-thinking ability of aggressive, assertive and submissive children. Cognitive Therapy and Research*, 5, 309-312.
- DE LA PEÑA FERNÁNDEZ, M.E., (2005). *Conducta antisocial en adolescentes- Factores de riesgo y de protección*. Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Psicología.
- DODGE, K. (1986). *A social information processing model of social competence in children*. En M. Perlmutter (Ed.), *Minnesota Symposium on Child Psychology* (Vol. 18, pp. 77-125). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- FARRINGTON, D. (2005). *Childhood origins of Antisocial Behavior. Clinical Psychology and Psychotherapy*, 12, 177-190.
- FARIAS DÍAZ, A.(2012). Una expresión de la manipulación psicológica en el seno familiar: el Síndrome de Alienación Familiar (SAP). *Familia. Revista de Ciencias y Orientación Familiar*, 44, 83-88.
- FAVEZ, N., LOPES, F., BERNARD, M., FRASCAROLO, F., SCAIOLA, C.L., CORBOZ-WARNEY, A y FIVAZ-DEPEURSINGE. (2012). *The development of Family Alliance From pregnancy to Toddlerhood and Child Outcomes at 5 years. Family Process*, 51(4), 542-556.

- FELDMAN, R.S. (2008). *Desarrollo en la infancia*. México: Pearson Educación.
- GÁMEZ GUADIX, M. y CALVETE, E. (2012). *Violencia filio-parental y su asociación con la exposición a la violencia marital y de padres a hijos*. *Psicothema*, 24(2), 277-283.
- GONZÁLEZ ORTIZ, J.J. (2011). *Educación y valores en familias monoparentales*. *Familia. Revista de Ciencias y Orientación Familiar*, 42, 61-86.
- GRACIA, E. y MUSITU, G. (2000). *Psicología social de la familia*. Barcelona: Paidós.
- GRACIA, E. y LILA, M. (2011). *Familias: una perspectiva psicosocial*. Valencia: C.S.V.
- JUSTICIA, F., BENÍTEZ, J.L., PICHARDO, M. C., FERNÁNDEZ, E., GARCÍA, T. y FERNÁNDEZ, M. (2006). *Aproximación a un nuevo modelo explicativo del comportamiento antisocial*. *Revista Electrónica de Investigación Psicoeducativa*, 9 (4), 131-150.
- JUSTICIA, F. J. y BENÍTEZ, J. L. (2006). *El maltrato entre iguales: descripción y análisis de un fenómeno*. *Electronic journal of research in educational psychology*, 4 (9), 151-170.
- KAZDIN, A.E. y BUELA-CASAL, G. (1994). *Conducta antisocial. Evaluación, tratamiento y prevención en la infancia*. Madrid: Pirámide.
- KATZ, L.F. y WINDECKER-NELSON, B. (2006). *Domestic violence, emotion coaching, and child adjustment*. *Journal of Family Psychology*, 20, 56-67.
- KENNEDY, T. D., EDMONDS, W.A., DANN, K.T.J., y BURNETT, K.F. (2010). *The clinical and adaptive features of young offenders with histories of child-parent violence*. *Journal of Family Violence*, 25(5), 509-520.
- KOKKINOS, C. y PANAYIOTOU, G. (2004). *Predicting bullying and victimization among early adolescents: associations with disruptive behavior disorders*. *Aggressive Behavior*, 30, 520-533.
- LAMB, M., & LEWIS, C. (2010). *The development and significance of father-child relationship in two-parent families*. In M. Lamb (ed.), *The role of the father in child development* (5th ed., pp. 94-153). Hoboken, NJ: John Wiley and Sons.
- LATORRE, A. (2006). *Configuración vincular en adolescentes en riesgo social*. *Gazeta de Antropología*, 22.
- LENGUA, L. Y KOVACS, E. (2005). *Bidirectional associations between temperament and parenting and the prediction of adjustment problems in middle childhood*. *Applied developmental Psychology*, 26, 21-38.
- LOEBER, R. (1990). *Development and risk factors of juvenile antisocial behavior and delinquency*. *Clinical Psychology Review*, 10 (1), 1-41.

- MÁIQUEZ, M.L., RODRIGO, M.J., CAPOTE, C. y VERMAUS, I. (2000). *Aprender en la vida cotidiana. Un programa experiencial para padres*. Madrid: Visor.
- MORGADO, B. (2010) *La relación con el padre tras el divorcio: la mirada de niños y niñas*. *Estudios de Psicología* 31(1), 39-51.
- MORENO, J.M. (2002). *Estudio sobre las variables que intervienen en el abandono físico o negligencia infantil*. *Anales de Psicología*, 18 (1), 135-150.
- PARKE, R., MCDOWELL, D., CLADIS, M., & LEIDY, M. (2006). *Family and peer relationships: The role of emotion regulatory processes*. In D. Snyder, J. Simpson, & J. Hugues (eds.), *Emotion regulation in couples and families: Pathways to dysfunction and health* (pp. 143-162). Washington, DC: APA Press.
- PATTERSON, G. R. (1982). *Coercive family process*. Eugene, O.R: Castalia Press.
- PATTERSON, R., LUNTZ, H., PERLESZ, A. y COTTON, S. (2002). Adolescent violence towards parents: *Maintaining family connections when the going gets tough*. *Australian and New Zealand Journal of Family Therapy*, 23, 90-100.
- PONS SALVADOR, G., CEREZO, M.A. y BERNABÉ, G. (2005). *Cambio y estabilidad en los factores que afectan negativamente a la parentalidad*. *Psicothema*, 17(1), 31-36.
- PRIOR, V., y GLASER, D. (2006). *Understanding attachment and attachment disorders*. London, UK: Jessica Kingsley.
- RAIKES, H. y THOMPSON, R. (2006). *Family emotional climate, attachment security and young children's emotion knowledge in a high risk sample*. *British Journal of Developmental Psychology*, 24, 89-104.
- RODRIGO, M.J., CORREA A. D., MÁIQUEZ, M.L., MARTÍN, C. y RODRÍGUEZ, G. (2006). *Family Preservation Services on the Canary Islands*. *European Psychologist*, 11(1), 57-70.
- RODRIGO, M.J., MARTÍN, J.C, MÁIQUEZ, M.L. y RODRÍGUEZ, G. (2005). *Redes formales e informales de apoyo para familias en riesgo psicosocial: el lugar de la escuela*. En R. A. Martínez, H. Pérez y B. Rodríguez (Eds.), *Family-School-Community partnerships into social development*. Madrid: SM.
- RODRIGO, M.J., MARTÍN, J.C, MÁIQUEZ, M.L. y RODRÍGUEZ, G. (2007). *Informal and formal supports and maternal child-rearing practices in at-risk and non at-risk psychological contexts*. *Children and Youth Services Review*, 29, 329-347.

- RODRÍGUEZ, MC (2009) *Nuevos cambios familiares: la participación paterna en el cuidado infantil. Estudios de Psicología*, 30 (3), 331-343.
- RODRÍGUEZ, G., Camacho, J., Rodrigo, M.J., Martín, J.C. y Máiquez, M. L. (2006). *Evaluación del riesgo psicosocial en familias usuarias de servicios sociales municipales. Psicothema*, 18 (2), 200-206.
- SIERRA, P., CARRASCO, M. A., MOYA, J. y DEL VALLE, C. (2011). *Entrevista de apego para Niños (EAN): Estudio exploratorio de un nuevo instrumento de evaluación del apego en población infantil de 3 a 7 años. Acción Psicológica*, 8, (2), 39-53.
- SUBIRATS, J., RIBA, C., GIMÉNEZ, L., OBRADORS, A., GIMÉNEZ, M., Queralts, D., Bottons, P. y Rapoport, A. (2004). *Pobreza y exclusión social. Un análisis de la realidad española y europea*. Barcelona: Fundación "La Caixa". (Disponible en www.obrasocial.lacaixa.es).
- TEUBERT, D. y PINQUART, N. (2010). *The association between coparenting and child adjustment: A meta-analysis. Parenting*, 10, 286-307.
- TORRENTE HERNÁNDEZ, G. y RUIZ HERNÁNDEZ, J. A. (2005). *Procesos familiares relacionados con la conducta antisocial de adolescentes en familias intactas y desestructuradas. Apuntes de Psicología*, 23 (1), 41-52.
- WHITE, J., MOFFITT, T., CASPI, A., BARTUSCH, D., NEEDLES, D. Y STOUTHAMER-LOEBER, M. (1994). *Measuring impulsivity and examining its relationship to delinquency. Journal of Abnormal Psychology*, 103, 192-205.